

José Torrubia y el nacimiento de la Espeleología Científica en España

José Torrubia and the beginning of the Scientific Speleology in Spain

G. de Marcelo Rodao (*) y A. Díez Herrero (**)

(*) Av. de la Constitución 20, 40005 Segovia.

(**) Facultad de Biología, Universidad Internacional SEK Segovia, C/ Cardenal Zúñiga s/n, 40003 Segovia.

ABSTRACT

José Torrubia can be considered one of the forerunners of the Scientific Speleology in Spain, not only because of his descriptions and theories about the speleothemes -taken from other authors as Lister, Kircher, Scheuchzer or Diego López de Cogolludo-, but above all for his implication and description of the explorations made at the Prison Cave (Pedraza de la Sierra, Segovia, 1752), the one from Nuestra Señora de la Hoz (Guadalajara, 1753) and his own visit to the cave from Tikaz (Yucatán, Central America).

Key words: José Torrubia, scientific speleology, caves, Spain.

Geogaceta, 24 (1998), 223-226

ISSN: 0213683X

Introducción

La espeleología cobra en España carácter de ciencia independiente de la Historia Natural a partir del siglo XIX. Es entonces cuando se hace frecuente que ingenieros de minas y naturalistas se dediquen a visitar cuevas para observarlas y recoger en ellas muestras paleontológicas y/o arqueológicas. Estos hombres pondrían la base de una ciencia prácticamente nueva por entonces en nuestro país, pero ya abordada en otros lugares de Europa como Alemania o Francia, donde existían importantes estudios monográficos sobre cuevas, como el *Monde Sousterrain* de Sire Compte de Gaffarel (1654), el *Mundus subterraneus* de Athanasius Kircher (1665), que Torrubia conocía, o el *Der Herzogtumkrein der Hertz* de Valvassor (1780-1790).

En España, antes del siglo XVIII existían solamente breves menciones de incursiones a cavidades en libros de tema muy diverso, como el manuscrito anónimo de un Tratado de la Montería del siglo XV existente en el Museo Británico, que describe con todo detalle la Cueva de los Chorros (Albacete), movido por su interés cinegético (Escudero,

Fig. 1- Firma y rúbrica de D. Manuel Severino Báez y Llerena, corregidor de la villa de Pedraza, quien organizó la exploración de la cueva de la Cárcel en 1752.

Fig. 1- Signature and flourish of D. Manuel Severino Báez y Llerena, Governor of the Village of Pedraza, who organized the exploration at the Prison Cave in 1752.

1991). En 1683, Fernando Muñoz Romero, oficial de cantería, realizó una incursión a la Sima de Cabra (Córdoba), describiendo varias de sus galerías, seguramente en busca de materiales para la práctica de su oficio (Puig y Larraz, 1896, 108).

Fuentes de las hipótesis de Torrubia

Pero es en la obra de José Torrubia donde encontramos por primera vez referencias documentales a la exploración de cuevas con fines científicos,

aunque seguramente ignoraba que estaba siendo pionero en este campo.

En su obra *Aparato para la Historia Natural Española* (1754) Torrubia muestra un destacado interés por los espeleotemas de las cuevas. En su descripción da muestra una vez más de su amplia cultura, al recurrir a las definiciones que de ellas hicieron otros naturalistas extranjeros (Torrubia, 1754, 42), a los que, como franciscano instruído, leyó en latín. Dice que las piezas que parecen enormes dientes de ele-

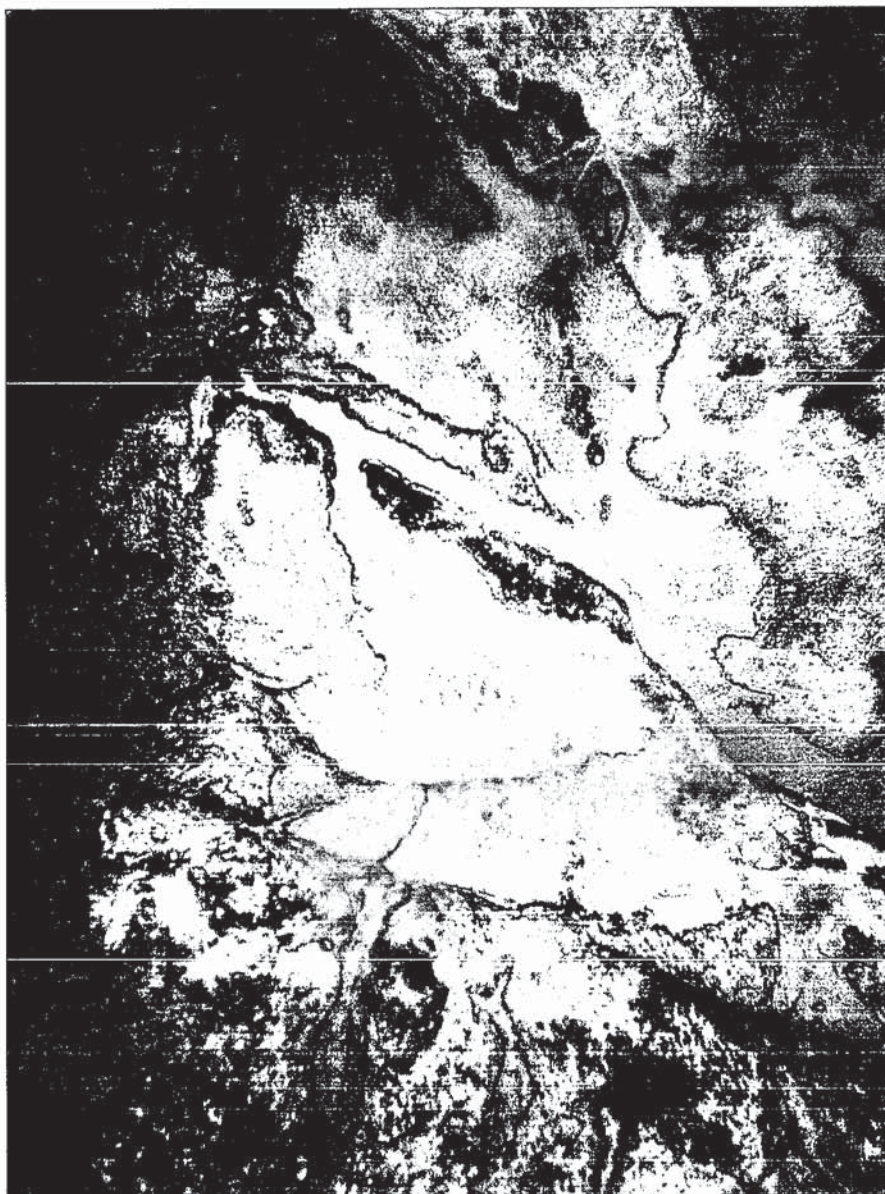


Fig. 2- Interior de la cueva de la Cárcel (Pedraza, Segovia), donde se aprecia una de las diversas inscripciones de los siglos XVIII y XIX.

Fig. 2- Inside of the Prison Cave (Pedraza, Segovia), where one of the various inscriptions belonging to the 18th and 19th Centuries can be appreciated.

fantes no son en realidad *Ceratites* (es decir, cefalópodos fósiles), sino *Unicornios minerales*; con ello rechaza que puedan tener un origen animal, a pesar de su aspecto. Del científico aficionado a la Historia natural Martin Lister (1638-1711), médico de la reina Ana de Inglaterra que escribió obras de Medicina, Zoología y sobre fuentes medicinales, toma la idea de que estos "*Unicornios minerales*" estaban compuestos de "*tierra virgen dulcificante, y alguna sal calcaria*". Indica que otros, sin especificar quiénes, opinan que dichas formaciones están constituidas por "*Suco* (tierra fangosa), ò *Aura Gorgó-*

nica (el aliento de las Górgonas)"; no parece dar mucho crédito a estas teorías, puesto que no insiste en ellas. De aquél a quien llama *Padre Kircherio*, es decir, el jesuita alemán Athanasius Kircher (1601-1680), físico, filósofo y matemático, toma una noticia, seguramente de su *Mundus subterraneus* (1665): "*las Estilaticias, ò Lapidés stilatitii... que se hallan en las Cuevas de Salerno, en el Reyno de Napoles, con figuras de manos, cabezas y brazos de piedra...*". A quien sí parece seguir y admirar en estos temas como a ningún otro es al botánico suizo Johannes Jacobus Scheuchzer (1672-1733), quien estudió

además Medicina, Matemáticas y el arte de la fortificación. Realizó investigaciones sobre la flora, fauna y mineralogía de los Alpes, por los que obtuvo una fama universal, hasta el punto de ser mencionado en diversas ocasiones a lo largo del *Aparato para la Historia Natural Española*, de Torrubbia. Scheuchzer habla también de aquellas formaciones dentro de cuevas que adoptan la forma de partes del cuerpo humano, de donde Torrubbia transcribe la descripción en latín que hace de las estalactitas propiamente dichas o, como él las llama, *Estilaticias*, traduciendo su nombre al castellano directamente de latín: "*Integra quoque sacella, et in iis organa musica, quorum fistulae, adeo saepè affabrè sunt à Natura fabricatae, ut ad artificiales accedent quam propè*" (=También santuarios enteros, y en ellos órganos de música, de los cuales los tubos a menudo son fabricados hasta tal punto artísticamente por la Naturaleza, que se asemejan de cerca a los artificiales).

Añade Torrubbia que, al entrar en cualquier cueva, experimenta la misma sensación que nos transmite Furero de las cuevas de Buda (Torrubbia, 1754, 43); transcribe un poema de este autor en que expresa cómo le resulta fácil identificar las figuras que la piedra forma dentro de las cuevas con personajes de la mitología, como Niobe o Fineo, que acabaron petrificados. Niobe perdió a casi todos sus hijos bajo las flechas de Apolo y Artemis; quedó paralizada de dolor junto a sus cadáveres, hasta ser transformada en piedra por los dioses; a pesar de todo, ella siguió llorando, y sus lágrimas caen de la piedra. En cuanto a Fineo, tío de Andrómeda (la esposa de Perseo, quien la liberó), quedó petrificado al ver la cabeza de Medusa reflejada en el escudo de Perseo. Otra idea que Torrubbia recoge de Furero es que las brillantes gotas de agua, al caer, son las que forman los mármoles.

Concluye diciendo que las estalactitas "*y sus semejantes*" son configuraciones heterogéneas y formadas casualmente por la Naturaleza. Se encuentran en cuevas en las que el agua, filtrada desde las entrañas de la tierra, baja con las partículas que le hacen formar figuras petrificadas (Torrubbia, 1754, 43-44).

Exploraciones espeleológicas vinculadas a Torrubbia

Por otro lado, describe dos incursiones realizadas en cuevas de Segovia

(1752) y Guadalajara (1753), en cuya exploración el propio franciscano tuvo algo que ver (Díez *et al.*, 1992). En la Cueva de la Cárcel (Pedraza de la Sierra, Segovia), el corregidor de aquel partido, D. Manuel Severino Báez y Llerena, *por dar gusto* a Torrubbía, como él mismo dice, "*hizo entrar a seis esforzados (valientes) jóvenes con hachas de viento (antorchas), y cautelosa prevención de un hilo fuerte (es decir, sujetos con una cuerda) para no perder el camino*" (Torrubbía, 1754, 42-43); dentro de la cueva encontraron estalactitas. El 19 de diciembre de 1752, el corregidor le mandó a Torrubbía el relato del hecho por medio de uno de los jóvenes que habían entrado en la cueva, y que se llamaba, según cuenta el naturalista, "*Phelipe Gonzalez*", y añade que era natural de "*Pedro Rubio*" (Perorrubio), de la "*jurisdicción de Sepulveda*". En el Archivo Parroquial de Perorrubio se encuentran las partidas de bautismo y matrimonio de este Felipe González, que debía contar unos 20 años cuando entró en la cueva de Pedraza. Además de la narración de la expedición, el corregidor envió a Torrubbía una de aquellas estalactitas, de la que el franciscano dice que "*muchos en esta Corte (en Madrid) han tenido por crystal montano (cuarzo)*". Seguramente la estalactita pasó a formar parte de la importante colección y archivo personal de Torrubbía, actualmente en paradero desconocido. Hay que añadir que este corregidor, D. Manuel Severino Báez y Llerena, de noble cuna, era bachiller y abogado de los Reales Consejos (Fig. 1). El cargo de corregidor lo ostentó entre 1749 y 1755, gracias al nombramiento hecho por el duque de Frías, D. Bernardino Fernández de Velasco, Señor de la Villa de Pedraza. La cueva de la Cárcel de Pedraza se llama así porque, tras recorrer durante doscientos metros sus galerías, se llega a estar bajo la cárcel vieja de la villa. Es una cueva bien conocida por los investigadores del siglo XIX, como Casiano de Prado (De Marcelo *et al.*, 1997), y por los espeleólogos de nuestros días, algo que demuestran las numerosas inscripciones epigráficas que ocupan sus galerías (Fig. 2).

También narra este autor el descubrimiento que un cabrero hizo de una cueva "*en las empinadisimas Montañas de Nuestra Señora de la Hoz*" (Guadalajara) a finales de marzo de 1753 (Torrubbía, 1754, 76-78). Dentro de ella había restos de grano y enormes huesos. Al conocer la existencia de aquellos



Fig. 3- Entrada a la cueva del Monasterio de la Hoz (Guadalajara), donde se introdujeron el amanuense de Torrubbía y otras personas en 1753.

Fig. 3- Entrance to the Monasterio de la Hoz Cave (Guadalajara), where Torrubbía's scribe and other people got into in 1753.

restos "*de cuerpos de Gigantes*", el 22 de abril de aquel año Torrubbía fue a visitar el Santuario que está al pie de la montaña, "*vacilante en la fé, que debía darse a la proclamada especie*". Más que la cueva en sí, lo que le interesaba era comprobar la autenticidad de los supuestos huesos de gigantes. El santero había estado dentro de la cueva dos veces y habló a los visitantes sobre los restos que vio allí, lo que decidió a algunos de ellos para "*bxar a la obscura, y profunda sima*", con el fin de sacar todos los huesos que encontrasen. Bajaron con miedo, porque los que habían entrado en Semana Santa tardaron cincuenta horas en salir, lo que sugiere que la cueva debía ser bastante grande (Fig. 3). Sin embargo, los que entraron con la visita de Torrubbía, entre ellos su amanuense o secretario, el hermano Pascual de Mendoza (natural de Filipinas), salieron desengañados: sólo habían podido encontrar y sacar una canilla bastante grande, una mandíbula con cuatro muelas pequeñas y un hueso ilion del que se deducía que su dueño sólo tuvo cinco pies de largo. Esto hizo que desecharan la teoría de que aquellos fueran huesos de gigantes. Torrubbía aduce que seguramente esas ideas eran lo que necesitaba el pueblo para hacer romances al respecto.

Además sabemos de otra cueva en la que el propio José Torrubbía entró. El carmelita Fray Diego López de Cogolludo, precursor suyo en el interés por las cuevas, murió hacia 1686 (años an-

tes del nacimiento del propio Torrubbía), habiéndonos legado su importante *Historia del Yucatán*; entre otras noticias diversas que recopiló en muchos lugares, como archivos y bibliotecas, habla de las cuevas de Tikaz y Oxcutzcab (Yucatán), tras señalar que son las más famosas de las abundantes cavernas existentes en la zona. Cogolludo indica que estuvo personalmente en la de Tikaz y en ella "*se ven formas de Campanas, Organos, Pulpitos, Capillas como de Iglesia formadas, y otras diversidades, que admiran*", según transcribe el franciscano en su obra *Aparato para la Historia Natural Española* (Torrubbía, 1754, 43). Hay que destacar que Torrubbía considera las cuevas de Yucatán como españolas, puesto que pertenecían en aquel entonces a los dominios de España. El propio franciscano, cuando estuvo en Méjico llevado por su labor misional, visitó dicha cueva y nos dice que admiró en ella "*todo lo que Scheuchzer nos cuenta de las súyas*".

Conclusión

Lo dicho nos viene a demostrar una vez más la amplitud de los intereses científicos del franciscano José Torrubbía. Ciertamente es que, aunque él no fuera totalmente consciente de lo que estaba haciendo por medio de esas breves páginas de su obra *Aparato para la Historia Natural Española*, en ellas deja patente su interés por la exploración de las cuevas con el fin de descubrir las riquezas científicas.

ficas que encerraban. Esta actividad no recibiría el nombre de Espeleología hasta finales del siglo XIX, por lo que se le puede considerar uno de los precursores de ésta en nuestro país.

Agradecimientos

Quisieramos agradecer su colaboración en la documentación de este

artículo a: Miguel Ángel Luquero Martínez, José Miguel Corral y Jesús de Marcelo Rodao, así como al Grupo de Espeleología de Horizonte Cultural de Segovia.

Referencias

De Marcelo, G.; Díez, A. y Luquero, M.A. (1997): *VII Congr. Esp. Espe-*

leol., Barcelona, pp. 211-219.
Díez, A.; Gaona, A.; Bornemann, J.; *et al.* (1992): *VI Congr. Nac. Espeleol., A Coruña*, pag. 51.
Escudero, J. (1991): *Bol. Mus. Andal. Espeleol.*, 5, 3-6.
Puig y Larraz, G. (1896): *Bol. Com. Mapa Geol. Esp.*, XXI, 1-392.
Torrubia, J. de (1754): *Aparato para la Historia Natural Española*, 204 pp.